

TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



# Gobernar sin acuerdos

**E**l gobierno del cambio, como se auto-definió, ha tenido que remar contra la corriente. Se ha enfrentado al menos a dos grandes obstáculos: gobernar sin mayorías y sin poder echar mano de los acuerdos políticos que son instrumentos imprescindibles para la gobernabilidad. Nunca el país se había visto inmerso en un mar de tales turbulencias sin contar con mecanismos de contención y negociación. Paradójicamente, el único asidero con el que Vicente Fox ha enfrentado las dificultades propias de la consolidación democrática ha sido la voluntad, pero ésta no basta para llevar a aguas tranquilas a la democracia imberbe. Me explico.

Durante más de setenta años el sistema de partido hegemónico contó con dos poderes subordinados al Ejecutivo. En más de siete décadas el país no supo lo que era un gobierno dividido. El presidente echaba mano del Congreso a su antojo. Las iniciativas de ley no merecían discusión si provenían del presidente omnímodo. Por los rumbos del Poder Judicial la situación no era muy diferente; la aplicación de la ley seguía la máxima de que todos eramos iguales pero unos lo eran más que otros. Se trataba del país de un sólo hombre. Con la elección del presidente Fox culminó el largo proceso de transición del que aún no sabemos fechar su inicio. Vicente Fox es un presidente acotado, empezando por su misma casa: el estilo conyugal de gobernar ha servido para generalizar la certeza de que el Ejecutivo es un poder compartido. Por si fuera poco, la personalidad del guanajuatense en nada ayuda a redimensionar

su poder. Al final seguimos teniendo un sistema presidencialista pero acotado y bajo un esquema verdadero de división de poderes.

Lo anterior se escucha muy bien. La formalidad está planteada pero el nuevo gobierno al parecer es un desorden para decir lo menos. ¿En donde estriba el problema? Reitero, ¿todo es producto del carácter del presidente, de su incapacidad o de su desencanto? ¿se debe a una simple visión ranchera de la política? Es posible que estos factores influyan, pero desde mi punto de vista no explican el problema estructural que se encuentra en el fondo de la crisis gubernamental.

Una de las explicaciones básicas reside en que la distancia entre los poderes Ejecutivo y Legislativo se debe a su conformación partidaria. En efecto, el partido del presidente no cuenta con la mayoría suficiente en el Congreso como para que las reformas de fondo puedan llegar a ser aprobadas. Hay una suerte de parálisis legislativa que no encuentra forma de resolución en una composición fragmentada del poder. La hiperpolitización de los asuntos públicos se debe en gran medida a la falta de compromisos de los actores para con los electores. La no reelección del Legislativo impide llegar a acuerdos que superen la inmediatez del cálculo político individual que no rebasa los tres años para diputados y seis para senadores. A nadie le interesa pensar en el futuro del país pues esa apuesta va más allá de los intereses personales. Así, parece imposible un compromiso con quienes los eligen o con aquellos que habrían de reelegirlos. Importa concluir el periodo y buscar otra chamba. Se ve al Congreso como un paso

para buscar una gubernatura o, por qué no, la presidencia de la República. En estas condiciones no puede existir la profesionalización de las instancias legislativas.

Paralelo a ello nos encontramos con la imposibilidad de establecer acuerdos entre los diferentes actores políticos que permitan enfrentar con mayorías los problemas nacionales. El régimen político no puede sustentarse en un sistema de partidos fragmentado. En poco tiempo, la legislación electoral ha permitido y premiado a los partidos políticos pequeños o que cuentan con una mínima, y en algunos casos, inexistente presencia social. La conformación de alianzas ha permitido que estas minúsculas organizaciones mantengan el registro, cuyo umbral es de por si muy bajo, y continúen gozando de los recursos públicos que contempla la ley. Se han convertido en verdaderos negocios familiares que en nada han contribuido a la consolidación democrática y a la gobernabilidad. Con un sistema tan fragmentado donde los votos en el Legislativo valen lo mismo, independientemente de su origen, parece imposible avanzar por el camino de los acuerdos y las verdaderas alianzas que destraben el trabajo de elaboración de las leyes que requerimos.

Así, en este momento el estilo personal de gobernar no parece ser la clave para entender el desastre e inoperancia de la administración foxista. Claro que contribuye, pero no lo explica todo como en el pasado; el problema se deriva de la fragmentación y el gobernar sin mayorías pero sin contar con instrumentos para superarlo. Aunque por supuesto parece más entretenido seguir escuchando las historias de encuentros fallidos y de antagonismos sin sustancia.

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx

El autor es politólogo, secretario general académico del Colegio de la Frontera Norte.